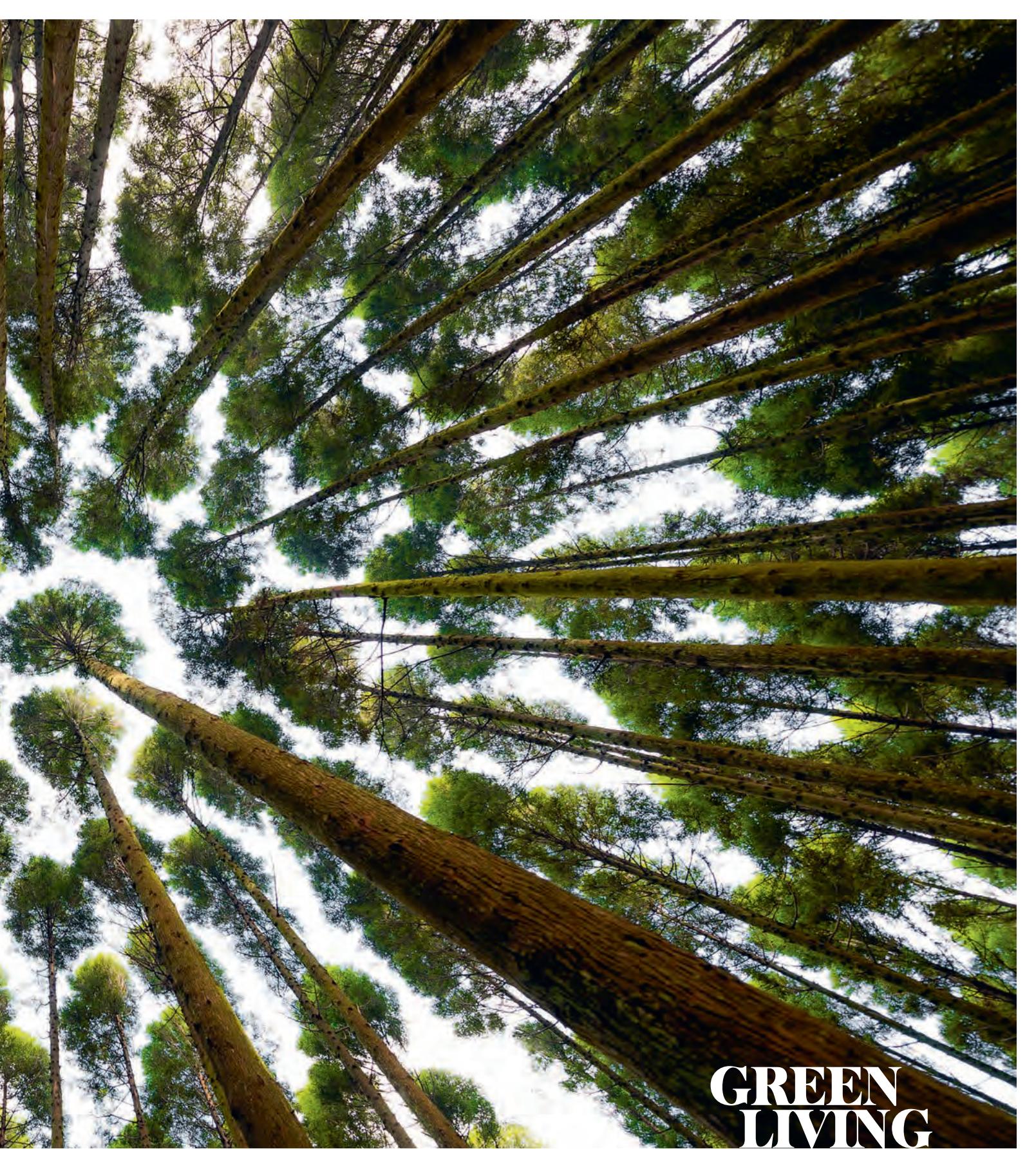


VIVIR ENTRE LAS RAMAS

TEXTO: Gonzalo Robledo
FOTOS: Lukasz Palka

MUY CERCA DE TOKIO, UN PUEBLO DE CASAS EN LOS ÁRBOLES HA LOGRADO PROBAR QUE, INCLUSO HOY, PODEMOS CONECTAR CON LA NATURALEZA Y CUMPLIR DE PASO UN SUEÑO DE LA INFANCIA



GREEN LIVING

JUST OUTSIDE TOKYO, A VILLAGE OF TREEHOUSES SHOWS THAT CONNECTING WITH NATURE IS STILL POSSIBLE, EVEN IN ONE OF THE WORLD'S MOST TECHNOLOGICALLY ADVANCED COUNTRIES



“EN EL BOSQUE, EL MANEJO DEL TIEMPO ES APROXIMADO. MARCA EL INICIO DE LA JORNADA”

“Somos una comunidad *off the grid* (fuera de la red eléctrica) y *off the land* (fuera de la tierra)”, afirma Yoshinori Hiraga, mientras señala orgulloso los paneles solares que suministran energía a las casas sobre los árboles de Gankoyama. Habla en inglés con la seguridad de quien está más que acostumbrado a explicar a los visitantes extranjeros cómo fundó allá por 1998 la primera aldea de casas en los árboles de Japón. Gankoyama Tree House Village es un lugar donde el ecoturismo se encuentra en su forma más pura. Escondida en las espesas forestas de la península de Boso, a aproximadamente una hora y media de Tokio, la aldea de Gankoyama cuenta con una decena de casas y plataformas de madera que, a primera vista, parecen flotar en medio de una variedad autóctona de cedro conocida como “sugi” (*Cryptomeria japonica*). Allí se ofrecen también “cursillos prácticos de cultura sostenible” y la posibilidad de aprender a construir una casa en los árboles usando únicamente métodos de arquitectura tradicional japonesa para ensamblar estructuras de madera sin clavos. “No hace falta experiencia previa en carpintería”, se informa a los visitantes que quieran animarse a intentarlo.



El maestro Yoshinori Hiraga alquiló el bosque en el que se encuentra Gankoyama, con el sueño de crear el primer pueblo de casas de árboles de Japón

The 'Master,' Yoshinori Hiraga, rented a section of forest to build Gankoyama in 1998, with the dream of creating Japan's first treehouse village



Hidden in the thick forest of the Boso Peninsula, an hour and a half from Tokyo, is a place where people can live in the trees. 'We're an off-the-grid and off-the-land community,' says Yoshinori Hiraga, the founder of the Gankoyama treehouse village, as he proudly points out the solar panels that supply power for the site. Gankoyama is home to 11 wooden houses and decks that appear to float among the soaring sugi (*Cryptomeria japonica*, a native variety of cedar) trees. A leading example of ecotourism, Hiraga explains that the village offers 'sustainable culture workshops' and the chance to learn how to build a treehouse using

traditional Japanese architectural methods for assembling wooden structures without nails. 'No prior carpentry experience is required,' he laughs.

Hiraga, 58, is called 'Master' by all at Gankoyama. The Japanese adopted this English word because it's easy to pronounce, but also because it can be used to describe someone who is highly skilled at a trade, the lord of a territory or a wise philosopher. All three could apply to Hiraga. His day begins by doing a handstand on one of the elevated platforms used for meditation. When he finishes his morning yoga session, he explains



A Yoshinori, de 58 años, todos le llaman simplemente *master* –los japoneses adoptaron esta palabra inglesa por su fácil pronunciación y, sobre todo, por su versatilidad para denominar al administrador de un comercio, al amo y señor de un territorio o a un sabio filósofo. En el caso de Yoshinori, las tres acepciones se suceden a lo largo del día. Su jornada empieza haciendo el pino sobre una de las tarimas que sirven para meditar. Al terminar su sesión de yoga, cuenta cómo tras la devastación de la Segunda Guerra Mundial, el gobierno inició una reforestación masiva que saturó el archipiélago de sugi. El esbelto conífero que puede alcanzar los 70 metros de altura está consagrado como el árbol nacional de Japón y es de rigor alrededor de los santuarios de la religión panteísta local, el sintoísmo. “Este era un bosque olvidado”, continúa el *master* y explica que alquiló al municipio poco más de una hectárea y media de terreno para fundar Gankoyama, un juego de las palabras japonesas *ganko* (testarudo) y *yama*

(montaña). Hoy es un lugar de descanso frecuentado por adultos de muchas nacionalidades, escuelas internacionales y hasta ejecutivos que buscan un espacio para confirmar que existen estilos de vida en unión con la naturaleza.

El manejo del tiempo en Gankoyama es aproximado. El reloj, más que una restricción permanente, es una referencia para marcar el comienzo de la jornada o el horario de las comidas. No está prohibido el uso de teléfonos móviles, pero se promueve la conexión con el entorno natural. Y a través de cualquiera de las actividades del día, ya sea yoga, sostenibilidad, carpintería o lecciones para trepar árboles de 15 metros con una soga y un palo, la prioridad es fortalecer el poder de concentración. El *master* enumera las edades de los árboles como si fueran sus hijos y promueve en cambio una simbiosis absoluta entre el hombre y la naturaleza que los debe beneficiar a ambos. Así, tras alabar una rara variedad de hojas de pe-



Con frecuencia, el pueblo es visitado por escolares, que tienen la oportunidad de aprender a construir casas en los árboles de la mano de carpinteros expertos como Kuro-chan. Él está especializado en técnicas japonesas de construcción
The village is regularly visited by groups of schoolchildren, who have the opportunity to learn how to build treehouses under the tutelage of expert carpenter Kuro-chan, who specialises in traditional Japanese construction techniques that use no nails

how, after the devastation of World War II, the government carried out a reforestation campaign that saturated the archipelago with sugi trees. This slender conifer – which can soar as high as 70 metres – is Japan's national tree and is omnipresent at the shrines of Japan's pantheistic religion Shinto, which centres on the belief that everything in nature and the universe is sacred. 'This was a forgotten forest,' says Hiraga, as he explains how he leased a little more than a hectare of land here in 1998 to found Gankoyama, whose name is a play on the Japanese words *ganko* (headstrong) and *yama* (mountain). Today, people of all nationalities come here, as do school groups and even stressed-out executives seeking to experience a moment's peace in nature.

At Gankoyama, time is a fluid concept. Rather than a restriction, the clock is a reference used to mark the beginning of the day or the schedule for meals. Mobiles are not forbidden, but connecting

with the surrounding natural environment is strongly encouraged and the focus of all of the activities – whether yoga, sustainability, carpentry or lessons on climbing trees with just a rope and a stick – is on building the power of concentration. Hiraga can recite the trees' ages as if they were his children, but there's nothing idealistic about his vision of nature. Instead, he promotes an absolute symbiosis between man and nature that must be beneficial to both. So, after singing the praises of an unusual variety of perilla leaves he finds along the path, he adds, 'They're fantastic for tempura'.

In Hiraga's opinion, one of Gankoyama's main attractions is that adults and children alike get to live out their dreams of a secret hideaway among the tree canopies. The day of our visit, we see a group of 20 nine-to-12-year old football-club members from Tokyo and Yokohama start a three-day stay. 'The voices of children bring joy to the trees,' explains Hiraga. He addresses the children



rilla que encontramos en el camino, agrega: "Son buenisimas para hacer tempura". Afirma que uno de los principales atractivos de Gankoyama reside en que niños y adultos encuentran realizado aquí el sueño de un refugio secreto. El día de nuestra visita un grupo de 20 niños de 9 a 12 años, procedente de Tokio y Yokohama y perteneciente a un club de fútbol, disfruta de una estancia de tres días. "Las voces de los niños alegran los árboles", anota Yoshinori. Se dirige a ellos con un discurso de mensajes importantes pero libre de sermones. Expone su postura frente a las armas y les enseña a fabricar arcos y flechas de bambú. Les advierte: "Prometedme que cuando los arcos estén listos no vamos a jugar a la guerra". La idea es hacer una herramienta con las manos usando materiales naturales y luego disfrutar del vuelo perfecto de la flecha como lo haría un físico o un deportista. Aprenden además a reciclar: el bambú abunda en Gankoyama pero, al no haber plumas para las flechas, se recurre a trozos de cartón recortado.

Las clases para aprender a construir casas las imparte un carpintero llamado "Kuro-chan" quien

enseña cómo ensamblar una estructura tradicional –sin clavos”, recalca él– e invita a los jóvenes a elegir dónde atornillar las puertas y ventanas. El almuerzo es una pizza a cocinada e por Kuro-chan en un horno improvisado dentro de un barril metálico repleto de brasas. Yasu Tanaka, uno de los entrenadores, confiesa que “en nuestro club todos son ‘urbanos’, niños que no tienen mucha oportunidad de experimentar la naturaleza a este nivel de aventura y supervivencia. No es lo mismo que llevarles a un parque o a otra actividad donde todo funciona con un programa muy preciso”.

Mientras los huéspedes se preparan para la siguiente actividad, el maestro lleva a un grupo a la parte más antigua del bosque. Entre árboles centenarios que antaño habrían dado sombra y reposo a algún cansado viajero samurái, desde un pequeño promontorio se divisa un altar diminuto con dos ofrendas de sake. Yoshinori recuerda que en otros tiempos hubo allí un santuario sintoísta y pide permiso para juntar sus manos en una oración, que condensa como un tweet a la naturaleza de la que ha hecho su casa. ■



La espiritualidad que se respira en Gankoyama viene de la conexión con la naturaleza que promueve su fundador, el maestro Hiraga, así como del simbolismo de los coníferos sugi que componen el bosque. Estos altísimos árboles se levantan a menudo también entre santuarios sintoístas
The spirituality that permeates Gankoyama comes from the connection with nature that its founder, Master Hiraga, promotes and the symbolism of the coniferous sugi trees that form the forest. The towering species is Japan's national tree and often stands among Shinto shrines

with words carrying important messages, but devoid of heavy sermons. He explains his attitude about weapons while teaching them to make bamboo bows and arrows. Before they get started, he warns, 'I want you to promise me that when the bows are ready, we're not going to play war.' The idea is for them to use their hands to make a tool with natural materials and then enjoy the perfect flight of the arrow like a physicist or an athlete.

The classes on building a treehouse are given by Kuro-chan, an expert carpenter who teaches students how to assemble a traditional structure, and invites the young participants to choose where to attach the doors and windows. The children, aware of the risk of walking on the elevated platform, compete to help each other. Lunch is a cheese pizza with dough they kneaded themselves, which is quickly cooked by Kuro-chan in a metal barrel oven filled with coals.

Yasu Tanaka, one of the children's football coaches, believes that Gankoyama provides a unique experience for them. 'The kids in our football club all come from the city and live in totally urban environments, so they don't have much opportunity to immerse themselves in nature like this. Here, the experience is about adventure, survival. It's a long way from just taking them to an inner-city park,' he says.

While the children prepare for their next activity, the Master leads another group to the oldest part of the forest. From a small promontory, you can see a tiny altar holding two offerings of sake among the ancient trees. Hiraga reminds the group that a Shinto shrine once stood in this place and asks permission to join his hands in a prayer – expressed as birdsong – to nature, which he has made his home. ■

gankoyama.com